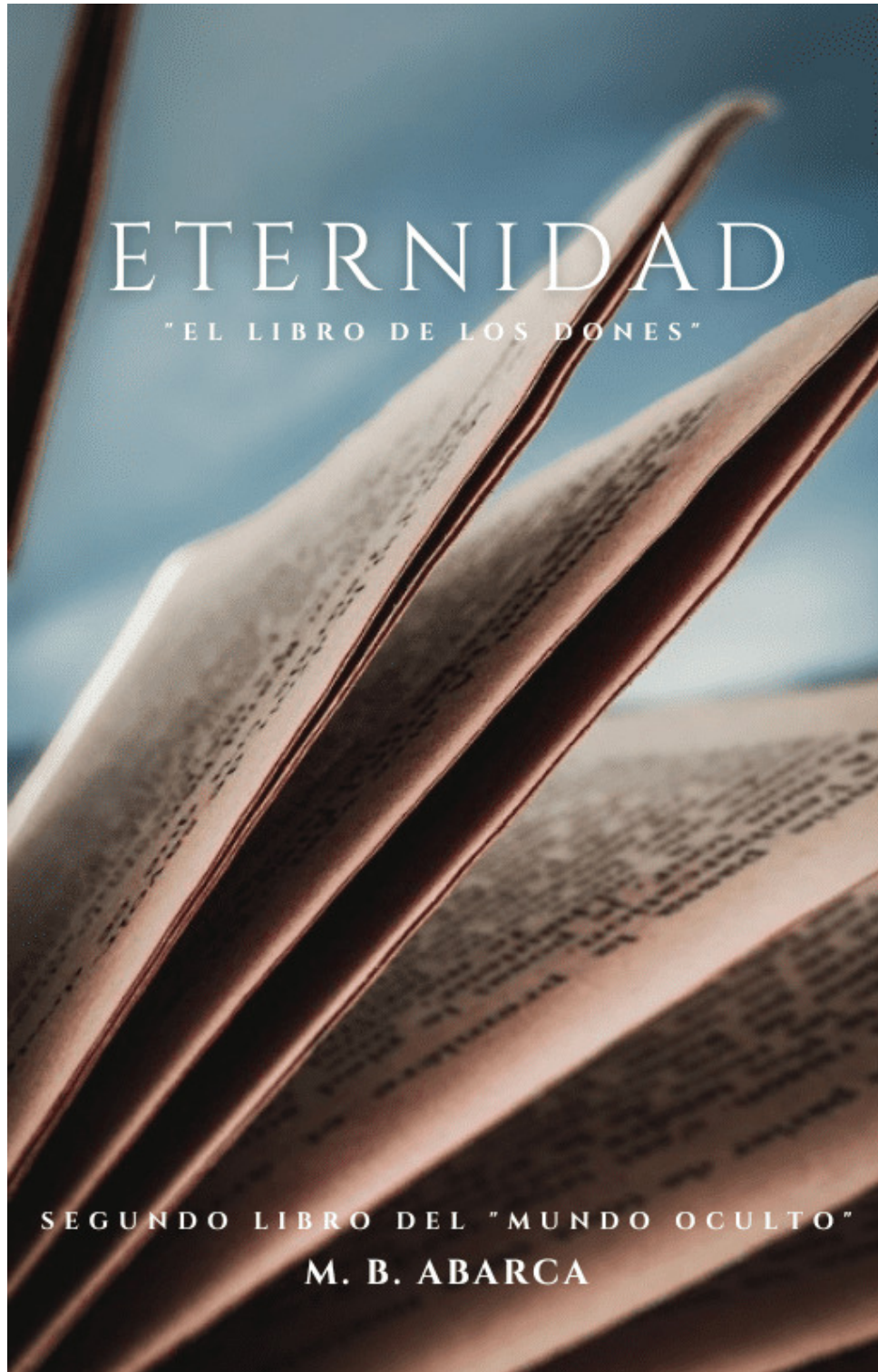


ETERNIDAD (#2 EL MUNDO OCULTO)

Macarena Abarca



Capítulo 1

PRÓLOGO

SIGLOS ATRÁS... Año 9 luego del primer nacimiento onpice.

Los comienzos se hacen de tinta y papel, y este no sería distinto. Debía dejarlo escrito para que el futuro lo tomara entre sus brazos y le diera la bienvenida a uno nuevo que tendría el mismo entrelazado y protagonistas.

Lo había visto en mis visiones, y su amor sería de aquellos que se dan como las estrellas, únicos y llenos de brillo. Tan puro como la luz del sol bailando sobre piel. Y se volverían encontrar una vez más, sobre la misma tierra caminada por miles de pies y bajo la misma luna observada por miles de ojos. Ellos estaban destinados a vivir este amor una y otra vez, hasta que el universo se agotara de verlos renacer uno con el otro.

Ella le sonrió dulcemente, de la misma manera que lo había hecho la primera vez que la tome entre mis brazos, y supe que era mía. Pero esta sonrisa tenía algo más escondido detrás de ella, algo que ni siquiera Nova sabía y por ahora este sería mi secreto. A veces el incierto es más divertido.

Ella tomó la margarita que él le ofrecía y sacudió su cabeza y pestañas en agradecimiento, mecido aquellos ojos pardos cargados de algo salvaje que en aquel niño de 9 años despertaban curiosidad. Él revolvió su melena rubia y cobriza digna de un león y de su nombre, e hizo una reverencia en su lugar. Luego le extendió su mano para invitarla a jugar en el bosque Fénix y antes de aceptarla, Nova miró sobre su hombro en mi dirección, esperando mi aprobación, aquella que ya yacía en mi rostro.

—Puedes ir, pero por favor, manteneos a la vista Nova. La oscuridad y la maldad siempre estarán al acecho hija, y si te mantienes lejos, no podré protegerte.

Ella asintió y tomó la mano de Leon. Suspire bajo mi capa, no podría evitar tanto el amor como el dolor que ellos se provocarían, después de todo Nova solo tenía 7 años y el camino delante de ella era extenso. Solo podía aceptar el sabor agri dulce que me produciría verla partir algún día.

Aunque ellos... ellos se tendrían para toda la eternidad.

Capítulo 2

CÁPITULO UNO: VACÍO

Sentada en el medio del ruido, rodeada de gente, sintiéndome sola mientras juego con el filo de mi copa de vino blanco. Él bebe demonio azul, yo aun no me acostumbro al ardor de su sabor bajando por mi garganta. Sabía que alejarme seria todavía más difícil que quedarme, pero aun así lo hice, porque después de todo era lo mejor para mí. El bullicio, el retumbar de la música y las voces pasajeras de las personas que me rodeaban acariciaban mi piel dejando una huella que no me importaba. Me sentía como un personaje desdibujado en una historia que ya había sido contada años atrás.

Podía notar su mirada sobre mí, penetrando las capas de mi piel y sabía tan dulce como la miel sobre cada movimiento que hacía. Expectante, paciente y nunca lejos. En el horizonte el sol se ponía, y el color azul del agua era del mismo color de sus ojos.

Yo, en cambio, no podía apartar mi mirada del objetivo. El contorno de sus caderas, sus delicadas manos sobre los hombros de su presa y en sus ojos aquel brillo ámbar con tintes de dorado que al parecer yo solo podía ver. Había estado detrás de ella durante dos semanas, y nunca era lo suficientemente valiente para acercarme, el miedo a perder lo único que tenía para aferrarme a su rastro estaba siempre presente en mi garganta y paralizaba mis piernas. Pese a ello, el tiempo comenzaba a cerrarse sobre mí con cada día que pasaba, y esto significaba más tiempo alejada de mi familia y mis deberes como heredera. En mi interior, una carcajada cargada de ironía retumbaba en mi cabeza, después de todo, estaba retrasando mi misión a propósito. No era tan valiente como les hacía creer. No tenía el coraje para volver a enfrentarlos a todos después de tantos meses fuera de Alba. Sobre todo, para enfrentarlo a él.

Ella se movió, bailando cada vez más cerca de la puerta de salida y de inmediato me levante de mi asiento. Sabía que no quedaba mucho tiempo para que ella volviera a escapar como arena entre mis dedos. Escurriéndose por algún callejón oscuro. Ekaitz me imito, pero yo le advertí que no me siguiera colocando mi mano sobre su pecho.

—Quédate aquí, si algo va mal, ve a nuestro punto de encuentro.

—Amy... —Protesto con sus ojos y la línea fina de sus labios.

—Ekaitz, aquí, durante una misión... —hice una pausa agotada y sin ganas de demorar aún más mi situación, bajando mi voz para que nadie me oyera— Soy tu princesa, y debes acatar mis órdenes. Ya lo hemos

hablado.

Él asintió con la cabeza como el fiel soldado que siempre había sido y yo me deje tomar prisionera por la música. Moviendo mi cuerpo con el mismo ritmo que movía a los demás, me hice paso entre las personas del bar. Aquellas palabras de una lengua distinta a la mía, pero que entendía a la perfección gracias a mi gusto por los idiomas, acariciaban mis mejillas como sus erres la lengua. España tenía ese encanto que nos hechizaba a todos. Y Valencia había sido mi lugar favorito de todos los que habíamos visitados con Ekaitz en los últimos seis meses. El verano había comenzado a disiparse lentamente como una brisa pasajera que nos dejaba con recuerdos dulces en el paladar.

Aproveche mi oportunidad y cuando ella dio una vuelta al ritmo de la música seductora, la tome de la mano y entrelace nuestros dedos. Su respiración se vio atrapada por la mía y nuestras miradas se unieron bajo aquella luz ámbar y tenue que nos bañaba. La sorpresa no llegó a sus ojos, y por la expresión de su rostro estaba claro que era muy consciente de mi presencia desde el momento que la vi por primera vez dos semanas atrás. Me había estado esperando, y ahora el contacto de nuestra piel, nos hacía fundir bajo aquel cielo estrellado de Valencia.

Mi cuerpo la reconocía como una de los míos, y aunque ella era solamente una bruja y yo la mezcla de ello, mi cadera se veía tentada por ella y cada célula de mi cuerpo me rogaba por acortar la distancia que faltaba para que nuestra piel se uniera en todos los espacios que teníamos libres.

Quería besarla, quería probar el sabor a cereza que brillaba en sus labios, y aunque antes me había sentido atraída por personas de mí mismo sexo, esta vez era distinto el deseo. Necesitaba cada parte de ella tanto como respirar.

Es una bruja, su naturaleza es tentar. Me mordí el interior de mi mejilla intentando esclarecer mi cabeza de tanta bruma que ella provocaba.

Pero justo en ese momento sucedió... como la primera vez que observas un bosque encantado y te preguntas cuanto misterio puede esconder, su destello verde me cautivo. Aquel verde que llevaba grabado sobre mi corazón, brillando desde el otro lado del salón. Y supe perfectamente, en el momento en el cual mi cuerpo se paralizó, a quien pertenecían esos ojos.

Me vi de nuevo, allí donde él me había dejado, paralizada en el tiempo, sin saber realmente como seguir mi vida sin él en ella. Una vez que admití darle ese espacio dentro de mi corazón, nunca me imaginé que intentar echarlo de allí, me causaría una herida que no sabía bien como sanar. Y hacía lo que podía, vivía el día a día, lo intentaba con Ekaitz, pero en las horas donde el cielo estaba cubierto de estrellas y la oscuridad llenaba mi

habitación, me recordaban que estaba sumida en una realidad que no me gustaba para nada. Una realidad sin él. Y lloraba, porque no sabía de qué otra manera enfrentarlo.

Daría lo que fuese para volverlo a ver, pero también sabía que ya había entregado demasiado de mí y él lo único que me había devuelto era solo traición. Su figura, a lo lejos, se desdibujó como la sonrisa en su rostro. Cerré mis ojos, esperando que al abrirlos él ya no estuviese, y lo único que podía mi mente reproducir una y otra vez, era sus labios sobre los de Alma y la familiaridad que había en su abrazo.

— ¿Qué sucede princesa? —la bruja poso sus labios en mi oreja— ¿No te agrada lo que ves? —No sabía bien si se refería a ella o a lo que mi mente había creado en los últimos segundos— Después de todo, no es impresión mía que has estado detrás de mí durante estas dos últimas semanas, ¿Cierto?

—Es impresión tuya, tengo un rostro muy común y pasajero. Me confunden con muchas personas.

—No lo creo —Su acento era marcado, al igual que sus uñas deslizándose sobre mi nuca y cabello, acercándose a ella— Y lo que oído de ti no es común, ni mucho menos pasajero.

—Espero que lo que hayas oído de mí no hayan sido cosas malas. No sé cómo se me percibe en el mundo de los aquelarres. No he tenido el placer de complacerlas aún.

La bruja, llamada Isabel, elevó sus cejas completamente divertidas por la situación y en ese momento se asentó en mi estomago lo que había dicho.

—Diplomáticamente hablando —agregue nerviosa.

—Por supuesto princesa —ella acercó nuestros labios y cuando estuvo a punto de besarme, lamió mi mejilla con su lengua— Diplomáticamente así saludamos en mi pueblo.

Sabía que desde donde Ekaitz no estuviera observando, debía estar provocando una tormenta en el medio del mar. Podía lucir paciente en el exterior, pero notaba esa tensión en su barbilla cada vez que yo hacía algo que no le agradaba, o tenía todos los ingredientes para salir mal. Después de todo ahora estábamos saliendo, y no solo sentía el deber de protegerme porque era su princesa, sino porque también era su novia.

—Si sabías que te estaba siguiendo, ¿Por qué no contraatacar?

Ella mordió su labio inferior y clavó la punta de sus uñas en mi cuero cabelludo.

—Me gusta el juego del gato y el ratón.

Sus labios cereza rozaron los míos y antes de dejarme llevar, algo más tomo contacto con mi consciencia y abandone Valencia, dejando atrás su profundo aroma a naranjas, su música rítmica y su comida exquisita en un suspiro.

Cuando abrí mis ojos, confirmé mis sospechas, había dejado atrás España y me encontraba en un lugar demasiado familiar para mí. El aroma a café, tostadas quemadas y mis libros se encontraban en la punta de mi nariz, pero ese no era lo único que emanaba mi departamento en Nueva York, sino aquel profundo y crudo olor a sangre. Sentada en el suelo gélido de madera, inmaculado y lleno de recuerdos, a unos pasos de mí estaba aquella mancha que había dejado el cuerpo de Loki, y la alfombra con la que habían intentado pobremente cubrirla. Mi espalda se encontraba contra el sofá que intentaba contener mi cuerpo sin fuerzas. La sensación de vacío llenaba mi cuerpo y me dejaba a la deriva de un acantilado que no lograba visualizar. Sabía que había estado llorando por la hinchazón en mis ojos y lo cristalinos que se encontraban, era como ver el mundo detrás de una ventana cubierta de gotas de lluvia.

Me atreví a observar hacia abajo por primera vez, confirmando las sospechas del origen del intenso hedor a sangre. La sensación de vacío fue cubierta por la siniestra del terror, calando mis huesos y paralizando el resto de mi cuerpo. Cerré mis ojos con fuerza, pero el temblor de mis labios funcionaba como brújula mostrando el camino a seguir. Mis manos y mi ropa iban cubiertas de aquel color carmesí que tantas veces había tenido que observar, incluso en este salón, particularmente desde que había entrado de nuevo al mundo de los onpices. El mismo color que había cubierto el cuerpo sin vida de Loki, el mismo que llevaba salpicado en las botas mi padre la noche en la cual Drahceb se reveló y mato cientos de nuestros soldados y personas inocentes.

Sin embargo, la sangre no me causaba tanto temor como lo hacía el desconocimiento de cómo había llegado ahí. La ausencia de recuerdos en mi mente lograba subir mi bilis hasta la garganta. ¿De dónde provenía esta sangre? ¿Era mía o de alguien más? ¿Esto era un recuerdo o una visión?

Empecé a ahogarme con mi propia respiración y mi primera reacción fue clavar mis uñas sobre la palma de mis manos, pero al verlas cubiertas de sangre supe que eso me haría sentir más enferma. Debía salir de aquí, fuese un recuerdo, una visión o una alucinación.

Debía volver a casa. Aquella anclada en el pasado, o al presente en Valencia.

Entre susurros, me repetí a mí misma, que esto debía de ser una alucinación, porque nunca había matado a nadie y no creía que fuese capaz de hacerlo. La primera chispa de una hoguera se encendió en mi cabeza, recordándome que Drahceb existía, y sabía que, llegado el momento, sería capaz de todo con tal de sacarlo de nuestras vidas. La mía, la de mi familia y la de mi pueblo. Sería capaz de desgarrarle garganta y torturarlo por todo el tiempo que daño que había causado en este mundo.

Me atrapo el aliento, darme cuenta de que tal vez después de todo esto no era una alucinación, sino una representación de uno de mis deseos. Tal vez esta era la sangre de Drahceb en mis manos. Y así, las sensaciones de vacío y terror desaparecieron por completo. Para ser cubiertos por algo mucho peor.

— ¡Amity! —Ekaitz apoyo sus labios sobre mi frente— ¿Qué sucedió? La dejaste irse así sin más, la tenías justo entre tus brazos.

Volvió, el agujero negro que se había formado en mi pecho y que me había acompañado desde que había visto a Eamon en el jardín con Alma, que había estado ahí latente cuando supe que mi madre había vuelto a huir, aquel que había intentado llenar con el cariño de Ekaitz.

— ¡¿Que?! —Grite sobre el ruido de la música y la gente bailando alrededor de nosotros— ¿Dónde está la bruja? ¿Dónde está Isabel?

Ekaitz estiro su cuello sobre la multitud, intentando encontrar el rastro de la bruja de la cual habíamos estado detrás por las últimas dos semanas. Justo cuando la tenía donde quería, la presa había escapado de mis manos. ¿Acaso me había sumido en algún trance? Aun podía sentir el peso de sus uñas clavándose en mi cuero cabelludo.

— ¡Ahí! —grito a mi oído Ekaitz, se encontraba demasiado atractivo esa noche, con sus pantalones oscuros de jean y una camisa blanca desabotonada en los últimos botones— Acabo de ver su cabello moviéndose por la salida trasera.

— ¿Estás seguro de que es ella? —Pregunte alzándome en puntas, a pesar de que llevaba unos tacones que dejaban mi boca a la altura de la de Ekaitz —El cabello azabache es un color muy común aquí en España.

—Si era ella. —respondió Ekaitz con un poco de condescendencia en su mirada— Llevaba la daga fina que te regale para nuestro aniversario, enganchada en su cabello como si fuese una pinza para ello y no un

artefacto punzante y delicado que debe ser utilizado solo por onpices.

El azul en los ojos de Ekaitz se oscureció, buscando una respuesta en mi rostro mientras revisaba el rincón de mi cuerpo donde había guardado la daga que él me había regalado. No había nada allí. Ella me la había robado.

Es como Ocean's Eleven retorcido del mundo oculto, pensé.

Comencé a correr en la dirección que Ekaitz me había dicho, empujando con mi cuerpo a algunas personas en el camino. Una chica incluso tropezó y cayó al suelo de trasero y comenzó a insultarme de la manera más hispanohablante que había. Intente pedirle perdón, pero sería inútil con el ruido de la música sobre nosotros y la persecución que estaba llevando a cabo. Había olvidado que mi cuerpo tenía más fuerza gracias a lo tonificado que se encontraba por el entrenamiento que había estado recibiendo de Ekaitz. Y si, solo era combate físico lo que lo habíamos hecho. No habíamos llegado a tener intimidad, aún era virgen y pensaba mantenerlo así hasta estar completamente segura de que Ekaitz era mi anima mate y no una vía de escape de la traición que había sentido por Eamon. Ekaitz se merecía más que eso, yo me merecía más que eso.

El aire salado y cálido de Valencia golpeo mi rostro, a pesar de que ya nos encontrábamos en octubre, el calor no parecía abandonar nunca realmente la ciudad. Hacía que todo se sintiese más familiar y húmedo a la vez, era una sensación extraña, pero una que me agradaba. La noche había caído tan solos unos minutos atrás y las estrellas ya se dibujaban sobre el manto negro del cielo. Y debajo de aquel manto, nos encontrábamos solos en una calle frente al mar, sin rastros de Isabel.

Desapareció de mis brazos, al igual que mis dones, desde el día en que abandoné Alba y ya no tenía nada más que amplificar. No pude retenerla. Tal vez mi mente me engañó al distraerme con la alucinación de Eamon, o con la que ella misma había sembrado en mi cabeza para escapar, pero sabía que era más fuerte que eso. Debía serlo. Era la princesa de Alba, su futuro dependía de mí. Debía encontrar a Drahceb, e Isabel era lo único que ahora me llevaba a él.

La primera vez que habíamos oído de Isabel fue en Portugal, ella era una de las pocas brujas que había logrado huir de uno de los tantos rumoreados campos de torturas de Drahceb ocultos en el mundo. Había tantos campos como sedes oficiales de onpices, y a pesar de que los guerreros de mi padre y la corona habían logrado dismantelar algunos, no eran los suficientes. A decir verdad, lo que me daría verdadera calma es que no existiera ninguno. Drahceb se había dedicado a torturar brujas, elfos, hadas, vampiros y cualquier otra clase de especie en los últimos años, ya sea para sacarle información o tan solo por la diversión que le causaba sentirse superior a otro ser vivo. Así, había acumulado una gran

cantidad de aliados que creían en la misma causa que él. No me había sorprendido para nada escuchar que los pocos aliados que habían muerto en Alba el día de la batalla de piedra habían sido utilizados por él como carne de cañón, en caso de que todo saliera mal con la primera entrada a Alba luego del destierro. Los verdaderos aliados, aquellos que tenían más poder dentro de su maldito culto, se encontraban dirigiendo esos campos de tortura. Por eso debía encontrar a Isabel, interrogarla, ella era el único hilo del cual me tenía que aferrar ahora que no tenía nada más que mi venganza contra Drahceb.

Apreté mi mandíbula y los puños, hundiendo mis uñas en la carne, y lancé un grito intenso y profundo, que salió de lo más hondo de mis pulmones. Un relámpago ilumino el cielo a lo lejos dentro del mar. El sonido eléctrico de su trueno hizo retumbar las ventanas del bar del cual habíamos salido. Y algunas risitas inundaron el aire, supuse que debían ser los valencianos acostumbrados a las tormentas repentinas.

—Amy... —Ekaitz apoyo su mano sobre la zona baja de mi columna, intentando acercarme a su cuerpo, la intimidad que ahora compartíamos era distinta a la que teníamos cuando nos conocimos. Esta, a veces se sentía desgastada —No podemos levantar sospechas, mañana seguiremos el rastro de Isabel nuevamente. ¿Por qué no volvemos a casa?

— ¡No puedo Ekaitz! ¡No puedo dejarla ir! —Jadeé por aire— No cuando la tuve tan cerca... y la deje escapar.

Mis pies sintieron como si fuego comenzara a subir por ellos, intente correr, pero Ekaitz me tomo del brazo deteniéndome antes de aventurarme a aquella calle oscura que conducía a una fea parte de la ciudad.

— ¡¿Por qué?! ¿Por qué no puedes dejarla ir? No hemos encontrado ni un solo rastro de tu madre, ni uno minúsculo para mantener la esperanza. Parece que desaparecido de la faz de la tierra. Nada en la casa de Annette tampoco. Y no me preguntes como lo sé, pero eludir a tu padre y la guardia cada vez se hace más difícil, puedo sentirlos respirando en mi nuca cada vez que volteo.

Las palabras de Ekaitz llegaron a mi como una abofeteada de realidad. Aun podía recordar la desolación que lleno mi pecho al encontrarme en medio del salón de Annette en California y no tener ni una sola pista que seguir. Habíamos encontrado ropa tirada en el suelo y algunos de sus objetos personales desaparecidos. Mi madre tal vez había llegado a ella, o tal vez otra cosa lo había hecho. Nos quedamos allí por unos días, y la buscamos por la ciudad, no podía permitirme perder a alguien más de mi familia. No estaba en mis planes. Pero una vez más, nos habíamos

encontrado en un callejón sin salida.

Por eso, no estaba dispuesta a dejar escapar a la bruja. Era la única pista que tenía para encontrar a Drahceb, y si no podía hallar a mi madre, lo encontraría a él. Asesinarlo sería la solución a todos mis problemas. Entonces mi madre volvería a casa, y quizás las desgarradoras voces que resonaban en mi interior exigiendo venganza por lo que le había hecho a Alba y a mi familia, finalmente se callarían.

Las lágrimas no habían tardado en salir y el sabor salado llegó a mi boca. Ekaitz me acarició las mejillas, secando el resto de las lágrimas, y luego me dio un beso en la frente. Su fragancia cítrica y amaderada me encantaba, me proporcionaba paz y tranquilidad, evitando que volviera a clavarme las uñas en la carne.

—Lo siento. No debería haberte gritado —sus labios volvieron a hacer contacto con mi piel— Esta situación es un poco estresante para mí. No puedo comenzar a imaginar, lo que significa para ti.

—Necesito encontrarlo Ekaitz —mordí mi labio causando que brotara un hilo de sangre— No puedo perder su rastro. No puede terminar todo aquí. No puedo permitírmelo.

Ekaitz trago saliva y se movió unos pocos pasos hacia atrás, alejándose de mí para observarme desde la distancia. Parecía estar estudiándome, valorando la situación y considerando la posibilidad de que tal vez hubiera perdido la razón.

—Quiero preguntar por qué, pero sé que otra vez obtendré solo evasivas de ti. Y no puedo soportarlo otra vez —él hizo una mueca con su boca intentando detener lo que estaba a punto de decir —No de ti. No puedo escuchar cómo me mientes una vez más.

—No te estoy mintiendo Ekaitz.

Al mirarme, sus ojos reflejaron dolor y a lo lejos otro relámpago ilumino el cielo. Esta vez más cerca de la playa.

—No lo estoy haciendo Ekaitz.

Concentre mi mirada en mis zapatos de tacón, mientras jugaba con una de mis cutículas. Aquella noche me había decidido por un vestido negro con brillos sobre las zonas transparentes de mi clavícula y abdomen. Ahora me sentía más segura de mi cuerpo, y debía agradecerle aquello a Ekaitz. No solo por su entrenamiento, sino en las palabras de admiración que tenía para mí todo el tiempo.

No podía continuar con esto.

—Sí, te estoy ocultando algo, pero no te he mentado ni una sola vez. No puedo mentirte a ti.

Ekaitz apoyo las manos sobre su cintura, enmarcando sus músculos debajo de la camisa. El viento comenzó a jugar con su cabello, lo llevaba un poco más largo que el día que nos habíamos conocido. El color caramelo de su piel contrastaba a la perfección con el blanco de sus dientes, y estaba deseosa de ver aquella sonrisa que a veces parecía reservar solo para mí.

—He perdido el rastro completamente de mi madre, sí. Pero eso no significa que ella está perdida para siempre. Si logro encontrar a Drahceb y asesinarlo, lograre que mi madre pueda volver a mí. —Ekaitz abrió sus ojos y tensó un poco más su mandíbula— Si mi madre vuelve, no solo la tendré conmigo nuevamente, sino que habré vengado mi familia y también puedo cumplir el último deseo de mi abuelo.

Ekaitz dejó caer sus manos a los costados, y relajó su cuerpo mientras intentaba absorber las últimas palabras que habían salido de mi boca. Podía confiar en él, después de todo me había protegido los últimos meses. Me había dado su amor incondicional a pesar de que el mío no lo era. Había estado a mi lado todas aquellas noches de llanto y había esperado a que me quedara dormida en su pecho. No me había cuestionado ni una sola vez cuando le pedí escapar conmigo. Pero por primera vez, luego de tanto tiempos juntos, aislados del mundo onpice, pude ver como la duda cruzaba su entrecejo.

— ¿Qué deseo? —pregunto y dio un paso hacia mí.

—Mi abuelo dejó una carta para mí, en caso de su muerte. Estaba dentro mi libro favorito.

Di un paso más hasta que mis labios encontraron su oído, y susurré contra la ventisca que yo misma había creado gracias al don que compartía con Ekaitz.

—Me explicó que es crucial proteger el libro de los dones y evitar que caiga en las manos equivocadas, ya que eso significaría el fin no solo de los onpices, sino de todas las especies. Me aseguró que en el libro encontraría las pistas para encontrarla.

— ¿A quién? —Ekaitz paralizó su cuerpo bajo mis manos — ¿A quién debemos encontrar?

—Madelaine. Madelaine está viva.